

SAVATER, FERNANDO. *El valor de educar*, México, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 1997, 244 pp.

La segunda mitad del siglo XX se ha caracterizado por la agudización de la crisis de las instituciones del Estado moderno. La educación, uno de los pilares fundamentales en el proceso de racionalización de este modelo de Estado, no ha quedado exenta de esta situación de crisis permanente, que parece no tener salida fácil ni inmediata.

En este ensayo, escrito por Fernando Savater a petición expresa de las autoridades del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) de México, se analizan líneas de pensamiento de gran actualidad, que pueden apoyar los debates realizados en América Latina sobre posibles claves para resemantizar la tarea educativa en sí misma, en relación con los propios maestros y en cuanto a los educandos.

La primera inquietud de Savater consiste en la necesidad de cuestionarse sobre la naturaleza del aprendizaje humano. El autor parte de la tesis central de que el destino de los humanos no es la cultura, ni la sociedad como tales, sino los semejantes, y será en función de esta finalidad que se deberá orientar el esfuerzo educativo. Es decir, interesa más el hecho de enseñar a nuestros semejantes y aprender de ellos, que "cualquiera de los conocimientos concretos que así se perpetúan o transmiten" (p. 36). Esta función, la de enseñar y aprender, está por encima de las materias de estudio en sí mismas, porque lleva implícita una forma de transmisión de significados que da contenido a las relaciones humanas. Y esta transmisión de significados crea la cohesión necesaria entre los individuos para armar un proyecto de sociedad.

Así, las relaciones intersubjetivas son primordiales para que el *homo sapiens* alcance su estatus como humano interesado por sus semejantes, que es la cualidad esencial de su naturaleza. Porque no basta haber nacido humano, dice el autor, es necesario aprender a serlo, y para ello la educación es fundamental, en cuanto propicia concientizar a los niños y jóvenes de la existencia de ese "otro" con el que interactúan socialmente. En este sen-

tido "..., el primer objetivo de la educación consiste en hacernos conscientes de la realidad de nuestros semejantes" (p. 39).

En las sociedades complejas, en las que la transmisión de valores se da a partir de diversos mercados (medios audiovisuales, bandas callejeras, sectas integristas o movimientos políticos violentos), una de las funciones primordiales de la educación debe ser contribuir a la consolidación de la autoestima en los niños y los jóvenes, que les permita crecer como seres autónomos, dueños de su futuro. Pero la escuela no puede cumplir cabalmente con esta función, si no está apoyada por la familia, en lo que a ésta le corresponde como unidad educativa, social. Y es justamente en este sentido que el problema se agudiza: la familia no parece estar cumpliendo, por lo menos en su concepción tradicional, con esta encomienda histórica. Los cambios en las relaciones sociales, familiares, entre los miembros del núcleo social tradicional, parecen cuestionar la estructura total, por lo menos como se le ha considerado convencionalmente.

El eclipse de la familia, en palabras del autor, se refiere justamente a esta distancia que los padres parecen haber tomado respecto de sus hijos, en términos de su función, como familia, de socialización primaria de los niños, de inculcación de los valores, de los principios *morales* que regularán sus vidas como *adultos*.

A sabiendas de que son varias las causas que han conducido a esta situación, el autor opta por una vía de acercamiento analítico, de corte psicológico, relacionada con el fanatismo por lo juvenil. Este condicionamiento fundamentalmente mercadotécnico de las sociedades que aspiran al ideal juvenil, mediante la sobrevaloración de los sujetos "todavía deseables", ha provocado que los padres no se asuman como adultos, en términos de su función de educar. Madres y padres anhelan seguir siendo jóvenes y deseables, por lo que optan por relacionarse con sus hijos de manera mucho más relajada y jovial. Hay una evidente crisis de autoridad —desde luego, en el sentido convencional del término— en las familias, que consiste en evitar la responsabilidad. La figura del padre parece ser la más eclipsada de todas: "el papel más cuestionado y menos grato de asumir, el triste encargado de administrar la frustración" (p. 75).

En otro orden de ideas, hay una premisa fundamental que sostiene la necesidad de educar para alcanzar la libertad, pero, ¿en qué sentido se habla hoy de libertad? Savater echa mano de algunos conceptos hegelianos para caracterizar los términos de la libertad que la educación debe propiciar. La libertad a la que se aspira mediante la educación no debe considerarse como un *a priori* ontológico, sino como un logro de la integración social del individuo.

Es decir, no se es libre, se deviene libre, con base en una elección razonada, con conocimiento de causa.

Para terminar, el autor analiza la nueva idea de universalidad de la educación. Ésta no debe estribar en aquel postulado anterior que supone la homogeneización de las conciencias o su sometimiento, sino que debe apelar a una perspectiva actual. Así, por universalidad debe entenderse: acabar con la discriminación, propiciar la vuelta a los orígenes y enseñar a “traicionar”. En cuanto al primer punto, los primeros años de la educación “no deben regatearse a nadie” (p. 165); la oferta educativa debe alcanzar a toda la población, se debe dejar de lado argumentos falaces de autodescalificación, por destino y origen, respecto de habilidades para la adquisición del conocimiento. La segunda función universalizadora de la educación consiste en ayudar a cada persona a volver a sus raíces. Esto supone hacer individuos más idénticos a sí mismos—en términos de nación, como etnia, ideológicamente—y, por lo tanto, “inconfundiblemente heterogéneos de los demás” (p. 170). La tercera tarea de la educación universalizadora se centra en enseñar a “traicionar racionalmente en nombre de nuestra única verdadera pertenencia esencial, la humana” (p. 175). Es decir, sólo en aras de aspirar a ser mejores humanos, se puede pensar en la “traición”, en términos de romper con el condicionamiento ideológico, político, económico, en razón del origen familiar.

Fernando Savater, con estilo ameno y directo, ofrece en este libro líneas de reflexión intrincadas, que deberán ser retomadas una y otra vez, en función de esclarecer formas de relación adecuadas para las sociedades altamente complejas, entre los distintos actores sociales, incluyendo, desde luego, los involucrados en la educación formal.

Angélica Tornero